

Historia de un Anarquista

El hombre

Nací en 1888 en Barcelona, en una de esas casas de pisos donde se hacían varias familias obreras. Mi padre era un obrero textil, de tendencias socialistas, y mi madre costurera, católica hasta la médula. No éramos pobres de los de pedir pero sí de los que apenas pueden vivir. Es decir, de la clase media baja, baja.

Teniendo en cuenta estas circunstancias aún ahora me sorprende que se preocuparan por mi educación, pero el caso es que lo hicieron. A los doce años saltaba a la vista que era un chico despierto, aunque algo despistado, siempre enfrascado en pensamientos y fantasías. Mi padre decidió que yo podía intentar salir de la miseria en la que vivían y se puso en contacto con el señor Ferrer y Guardia, el fundador de la escuela moderna, para ver que se podía hacer. Éste me puso a su servicio para limpiar y barrer la escuela, como chico de los recados, ayudante, etc. A cambio me enseñaba las cuatro reglas, con severidad pero también con algo de cariño que se adivinaba más que demostraba. Fue él quien me enseñó las bases teóricas del anarquismo, él quien me quitó la venda de los ojos para que viera las injusticias sociales que nos rodeaban y lo que podría ser la realidad.

Pasó el tiempo, cumplí los 15 años y el señor Ferrer y Guardia decidió que estaba lo suficientemente capacitado para ingresar en los escolapios y adquirir una educación superior. Mi elección fue la química, la ciencia para manipular, transformar, sintetizar... aunque, bueno, supongo que al principio pensaba en ella más como algo alquímico. Así que pasé de las mezclas sin sentido de potingues para ver qué salía a calcular, ponderar, sistematizar, deducir, sintetizar y, en definitiva, formar un espíritu lógico, deductivo e inductivo.

En el mundo de la ciencia no caben los egoísmos y las mezquindades burguesas. Las ideas puras son absurdamente irrelevantes sin el apoyo del método experimental, del criterio científico. Aquí no valen trampas, no tiene sentido falsear los resultados porque la finalidad última de toda investigación es la verdad, el conocimiento puro y duro. Cuando salí de los escolapios a los 18 años estaba lleno de ideales. Quería ser un científico de verdad, de los que sólo se dedican a la búsqueda del conocimiento. Y claro, me estrellé contra la cruda realidad material de mi falta absoluta de recursos.

Afortunadamente, mi dedicación y espíritu de trabajo habían impresionado favorablemente a mis maestros que, si bien eran curas y eclesiásticos, no por ello eran menos científicos. Y es que hay que distinguir a un científico de un filósofo. Al menos el científico es sincero y lógico, consecuente por tanto con sus convicciones de una forma

abierta y razonada. Muy distinto por tanto del clérigo de ideas cerradas y mente estrecha, incapaz de razonar, simple repetidor de frases y hechos de otros.

Afortunadamente, como decía, uno de mis profesores intercedió por mí ante sus amigos capitalistas y entré a trabajar como químico en una fábrica textil. No vayan a pensar que los químicos de entonces vivían y trabajaban como los de ahora. En realidad no eran más que obreros cualificados, algo parecido a los contables, secretarios y demás chupatintas de la época. Su lugar de trabajo, el laboratorio, era una habitación estrecha donde se acumulaban las retortas, matraces, probetas, tubos de ensayo, un armario con los cuatro productos químicos absolutamente indispensables y una poyata que más parecía un mostrador de pollería que otra cosa. Y su trabajo, déjenme que me ría, una serie de pruebas repetitivas, siempre las mismas, que podría haber hecho cualquier mono con delantal. Y por si fuera poco, cuando alguna prueba salía negativa y se había de rechazar la producción de un día, pues nada, se hacía la vista gorda y se dejaba pasar. ¿Dónde estaba el científico?, ¿dónde la investigación punta?. Quien sabe, el caso es que no estaba donde yo trabajaba.

Fue por eso por lo que comencé a rondar aquellas amistades tan inquietantes. Era el año 1907 y la situación política era insostenible. La guerra entre la clase obrera y la patronal, entre la luz de la fuerza trabajadora y la oscuridad de los parásitos capitalistas estaba alcanzando su clímax. Me hundí en ese ambiente medio bohemio y conspirador, me sumergí en las conversaciones de café, donde pasábamos de las discusiones filosóficas a las más airadas arengas revolucionarias. Era una época en que la verdad se decía sin tapujos ni ambages, donde las cosas estaban claras, al pan, pan y al vino, vino. El sufrimiento y la injusticia eran tan grandes que no quedaban dudas acerca de la verdadera cara del prepotente empresario, del asesino militar o del intransigente y fanático cura.

No pasó mucho tiempo antes de que me integrara en un pequeño grupo de conspiradores anarquistas, con mucho espíritu pero algo inocentes. Ya os lo podéis imaginar, reuniones nocturnas en sótanos oscuros, pequeñas acciones clandestinas, el reparto de panfletos donde se abogaba por la revuelta anarquista, etc. Pero mi condición de químico me hacía especialmente útil para las organizaciones verdaderamente peligrosas. Algunas personas se pusieron en contacto conmigo para pedirme pequeños favores: productos químicos difíciles de conseguir, pólvora u otros preparados similares, etc. Al final, poco a poco, me fui haciendo un experto en la fabricación de explosivos. No en pocas ocasiones me veía a mí mismo sonriendo subrepticamente ante la noticia voceada por los vendedores de periódicos, al reconocer el origen de alguna bomba. Sentía un extraño y sin duda malsano placer al saberme responsable de tal o cual estropicio, acallando fácilmente mi conciencia cuando había víctimas inocentes pensando "es por la causa", o "no se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos" y toda esa clase de palabrería.

Y por fin llegó la tan esperada revolución. Era el año 1909 y la cosa estalló porque unas cuantas madres protestaban para intentar evitar que sus hijos fueran a la

guerra de África. El motivo no era lo importante. El caso es que la gente se rebeló por fin contra toda la injusticia acumulada después de muchos años. Y nosotros, que tanto habíamos esperado ese momento, que propugnábamos cada día la revuelta armada, resulta que nos vimos totalmente propasados por la acción de la gente de la calle. Pero, esto ..., si claro, matar a los militares, este., levantar barricadas, pero., ¡Si ya lo está haciendo la gente normal!, la que se encuentra todos los días en las tiendas, la que lleva sus hijos al cole y todas esas cosas, la que nunca dice ni hace nada. Nos perdimos totalmente en discusiones acerca de lo que había que hacer mientras las cosas sucedían atropelladamente a nuestro alrededor. Teníamos la revuelta armada montada y no supimos que hacer con ella.

Yo y algunos más nos unimos al montón desorganizado de la muchedumbre en lucha. Allí es donde, una noche de fuego y pólvora, vi por primera vez a Blanquet. Era de los revolucionarios de verdad, de los que actúan en primera línea y son capaces de dirigir a la gente. En el caos de la desorganización él nos guió con su fuerza y valentía suicida. Pero, claro, acabó llegando el ejército, con su artillería y sus maniobras organizadas y, a pesar de nuestra heroica y enconada resistencia en el barrio de Gracia, acabamos sucumbiendo. Entonces, cuando ya estaba todo por perdido, en la última noche antes del asalto final del ejército, nos dijo que todo se había acabado y que era hora de huir para poder luchar más adelante. Que sabía una forma de huir pero que sólo nos podía llevar a nosotros. Y luego no podríamos decir a nadie cómo habíamos escapado. La verdad es que no estábamos nosotros para sutilezas. ¿escapar dices? Ya me tardas.

Nos llevó hasta una calle desierta y levantó una tapa de alcantarilla. Bajamos a ese submundo sucio, maloliente y asqueroso en el que él parecía moverse con soltura y rapidez, como si ya lo hubiera hecho antes en múltiples ocasiones. La verdad es que nos fue muy difícil seguirle. Tenía que parar para esperarnos de tanto en tanto. Pero al final salimos por una calle más allá del cerco. Se despidió de nosotros diciendo que algún día volvería para cobrarse el favor.

Y llegó la mañana siguiente. Todo había acabado y nos habíamos salvado aunque permanecimos ocultos. Por la noche nos reunimos en un sitio acordado para comentar los sucesos del día. Así nos enteramos que habían detenido a cientos de personas reuniéndolas delante del castillo de Montjuic. Una de ellas mi padre que seguro no había participado en nada. Nos temíamos lo peor, creíamos que habría un fusilamiento en masa. Habíamos de hacer algo, grité... Me quedé mirando la cara de mis amigos, Juan, Jorge y Jaime. Aún recuerdo su expresión. ¡Estaban esperando que les dijera qué tenían que hacer!. De repente me di cuenta que éramos los únicos supervivientes del pequeño grupo anarquista y que me había convertido sin querer en su jefe. Pero no era momento de dudas, si querían un jefe tendrían un jefe. Lo que fuera con tal de actuar.

Rápidamente pensé en un plan. Sabíamos que los detenidos estaban en la explanada frente a la entrada del castillo, vigilados por algunos guardias armados. Si conseguíamos distraerles para que fueran al otro extremo, un pequeño grupo podría

escapar aprovechando la confusión por la ladera de la montaña. Preparé una bomba de tiempo con ese propósito, lo suficientemente potente para que el ruido hiciera temblar las paredes del castillo. La idea era que, mientras yo colocaba la bomba para que estallase en el lado opuesto del castillo, mis amigos, armados con pequeñas bombas de humo arrojadizas, alentarían a los prisioneros para que aprovecharan la ocasión.

Y así lo hicimos. Preparé la bomba y la deposité con cuidado en el foso del castillo, justo en el lado opuesto donde estaban retenidos los prisioneros. Me alejé rápidamente y, cuando estalló, yo ya estaba a unos doscientos metros de distancia. No sabía si el plan había funcionado, sólo oí la gran explosión, gritos, disparos, más explosiones... Me alejé por la noche y acudí al refugio preestablecido.

A la mañana siguiente me enteré del resultado de la operación. Lo oí de boca de mi madre, entre gritos y gemidos, maldiciendo a los criminales terroristas. Los soldados, asustados por la explosión, habían disparado sus armas contra la muchedumbre apelotonada enfrente. Sólo habían huido diez de los detenidos y, en cambio, habían muerto cincuenta, entre ellos mi padre. Además me enteré de que los prisioneros iban a ser liberados hoy, que sólo los habían retenido como medida preventiva. Mi primera operación como jefe del comando anarquista fue un absoluto desastre y yo me encontraba totalmente hundido y amargado. Decidí no volver a casa nunca más y me refugié en el sótano de un bar cuyo dueño era amigo de mi padre. Nadie supo nada acerca de mi intervención en todo el asunto, mis amigos fueron discretos, más les valía.

Esa misma noche recibí la visita de Blanquet. No lo oí entrar, estaba durmiendo y de repente me desperté. Él estaba ahí, en la oscuridad. Sus ojos brillaban de forma especial y me dijo que ya era hora de que fuera reclutado por alguien competente. Que no se podía ir por ahí haciendo las cosas de cualquier forma. Había que seguir unas directrices, obedecer un plan, tener una organización detrás que pensara y meditara las acciones para darles la potencia y efecto deseado.

Inconscientemente agradecí todos esos reproches. Necesitaba que alguien me reprendiera, además su voz era muy convincente, me gustaba su forma de decir las cosas y le admiraba en silencio. Estuve de acuerdo en hacer todo lo que me pedía. Quedamos en que mis tres amigos y yo formaríamos una célula, conmigo como jefe y él como único contacto. Como miembro de un grupo de acción revolucionario y peligroso, me prohibió participar en acciones directas sin permiso específico. Ni tan siquiera podía relacionarme con los grupos sindicales de mi empresa. Así que comencé una doble vida, de día era un ciudadano ejemplar, buen cumplidor de las normativas y del que no salía ni una palabra de reproche contra mis superiores y de noche era un peligroso conspirador. Quedamos en que me reuniría con él a solas una vez al mes. Que él me encontraría y que nuestras funciones de momento serían meramente informativas, aunque yo debía de tener dispuestas algunas bombas a punto por si se necesitaban.

No pasó mucho tiempo antes de que mi veneración por Blanquet sufriera su primer percance. Fue a causa de Ferrer i Guardia. Éste había sido acusado injustamente de los hechos de la semana trágica. Me constaba de que no había participado para nada

en la revuelta. Intenté convencer a Blanquet de que había que rescatarle, que el máximo teórico del anarquismo no podía ser llevado a la picota sin que sus seguidores hicieran nada. Pero él me dijo unas palabras que aún están marcadas en mi memoria, “¿Y por qué habríamos de hacerlo?, la causa necesita mártires ...”. Por primera vez vislumbré las intenciones reales de Blanquet. Era una persona sin escrúpulos que luchaba por lo que en su día fue un ideal pero que ahora no era más que una forma de vida. Discutí agriamente con él pero al final me convenció aduciendo que en realidad no teníamos manera de salvarle o ¿es que no recordaba mi anterior intento de salvación?. Fue el argumento definitivo. Dejé de luchar y me plegué a su voluntad, como siempre... de momento.

Pasó el tiempo y nuestra relación se fue normalizando. Hicimos un buen trabajo informativo ya que Jaime había instalado una pequeña imprenta que nos hacía los “trabajitos” de propaganda clandestina, Jorge se estaba introduciendo en el mundo del periodismo y Juan se había hecho un pequeño lugar en los bajos fondos como “chaperó”. En esto último tuve unas palabritas con él ya que no me parecía un oficio adecuado, pero la verdad es que nos era muy útil tanto por la información que obtenía como por el dinero que nos suministraba. Además me consta que trataba muy bien a sus “empleadas”, como el buen anarquista que era. O sea que, todo sea por la causa y a otra cosa. Yo seguía en la empresa textil, fabricando bombas a ratos libres.

Llegó el año 1910 y Blanquet vino a verme para encomendarme un trabajo especial. Dentro de dos días llegaría a Barcelona un importante cargo del gobierno. Esa persona era el responsable de la muerte de muchos obreros y debía morir pero no tenían a nadie disponible en ese momento para tal función. O sea que, “es tu momento”, me dijo mirándome con esa extraña mirada suya. Me inflamé de orgullo por haber sido escogido para tan importante y delicada misión y me puse a ello con toda mi alma. Blanquet me suministró todos los detalles del recorrido en coche hasta el Ayuntamiento. Entraría por la Gran Vía hacia las 8 de la tarde, custodiado de policía en moto. Además habría parejas de la guardia civil patrullando la ruta.

Decidí hacer el trabajo personalmente sin decir nada a mis compañeros de célula. Dos horas antes de la llegada del coche ministerial me desplazé a la zona disfrazado de pocero del alcantarillado, con una gabardina y un gorro de pescador. Aún recuerdo aquella tarde, hacía fresco, el cielo estaba despejado y el aire era puro. Temblaba un poco bajo mi disfraz cuando bajé a la alcantarilla debajo de la Gran Vía, por donde había de pasar el coche. Allí coloqué un dispositivo explosivo de alta potencia que explotaría cuando accionase un percutor conectado por una larga cuerda. El problema era que su extremo sobresalía por la boca de alcantarilla así que me puse al lado de una farola para simular que estaba arreglando algo en ella. Cuando el coche con la comitiva llegó a la posición adecuada, accioné el percutor y al cabo se produjo una enorme explosión que dejó a todo el mundo medio sordo y atontado.

Ya lo había hecho, aunque el humo tapaba toda la visión del coche, estaba bastante seguro de que nadie habría sobrevivido. Así que intenté alejarme

subrepticamente. Y en eso estaba cuando un guardia me gritó "He usted, quieto ahí, ¿qué estaba haciendo?". "Nada, solo arreglando la farola", grité simulando estar asustado por la explosión. Aunque en realidad estaba absolutamente aterrado. "Bueno, vale pero quédese ahí, quieto". La situación era desesperada y no sabía que hacer. Entonces vi que el guardia se dirigía a otra persona conminándole a quedarse quieta, como había hecho conmigo, y aproveché su descuido para salir corriendo.

Corrí como alma que persigue el diablo. Oí gritos detrás conminándome a que parara, pero yo los ignoré y seguí corriendo. Alcancé una calle lateral e intenté llegar hasta la próxima encrucijada y perderme. Todo parecía avanzar con demasiada lentitud. Delante tenía el final de la calle y yo avanzaba dando grandes zancadas pero no llegaba hasta mi meta. De repente oí un sonido sordo y seco y noté un gran golpe en la espalda, justo en el centro. Caí como a cámara lenta y vi cómo el suelo se acercaba más y más. En ese momento, en medio de mi caída, me sentí flotar y el suelo se alejó de nuevo. Mientras la negrura se iba apoderando de mí, vi a los guardias en actitud de correr hacia el sitio donde estaba, pero parecían estatuas congeladas en su movimiento. Yo me iba alejando, flotando en el vacío, hasta que, al final, me envolvió la oscuridad..

El ghoul

Desperté en medio de una total oscuridad. Estaba tendido en una cama y me dolía terriblemente la espalda. Me llevé un brazo hacia la herida y pude comprobar que había una enorme cicatriz justo en el centro. Me levanté con esfuerzo e intenté orientarme tanteando. En un estado de extrema debilidad avancé tropezando y me di cuenta de que estaba en una habitación sin ventanas con una única puerta. Probé el pomo y comprobé que estaba cerrada. Sin saber que hacer me tendí de nuevo en la cama dejando pasar el tiempo, intentando dormir un poco.

No sé cuanto tiempo transcurrió antes de que alguien pusiera la llave en la puerta y la abriera. A la tenue luz de una vela reconocí de inmediato la cara de mi salvador, Blanquet. En ese momento un repentino sentimiento de gratitud y admiración me poseyó con fuerza. Había arriesgado su vida para salvar la mía y me había mantenido oculto y a salvo durante ¿cuánto tiempo?. A mis débiles palabras él replicó con un sencilllo "oh, eso, no es nada, no tiene importancia, por cierto, has estado tres días durmiendo". Me dijo que descansara y bebiera un vaso con la medicina que me traía. Un líquido espeso y oscuro que tuvo un efecto vigorizador instantáneo. Al poco tiempo volví a dormirme.

Caí en un profundo sueño plagado de pesadillas. En ellas yo corría y corría en medio de un paisaje dantesco lleno de sangre. Ríos de sangre iban a parar a un mar de sangre, rojo oscuro hasta el horizonte, bajo un cielo encapotado. Yo intentaba nadar en mi huida cuando, de repente, una luna sangrienta aparecía entre las nubes. Pero no era la luna sino la faz de Blanquet, con esa media sonrisa suya dominándolo todo, y

entonces me quedaba mirándolo, hundiéndome más y más en ese denso mar sin fondo, hasta desaparecer.

Durante varios días seguí en ese estado, deportándome brevemente tan solo para tomar un sorbo más de esa medicina. Pero me recuperé rápidamente y después de una semana ya me podía valer por mí mismo. La herida había cicatrizado y yo me encontraba mejor que nunca. A partir de ese momento empezó un nuevo período en mi vida. Después de la “prueba de fuego”, como solía pensar en mi experiencia, Blanquet pasó a confiar mucho más en mí. Me dio cargos de mayor responsabilidad y, poco a poco, fui creando mis propias células que a su vez creaban las suyas en una estructura piramidal. Solo mucho más tarde comprendí el verdadero significado de la “confianza” de Blanquet en mí.

Ese fue un período de crecimiento y consolidación de la organización. Pasado el momento inicial de guerra abierta de los años 1901-1910, ahora se trataba de trabajar en la oscuridad, de adquirir mayores parcelas de influencia revolucionaria ya que no éramos los únicos que se disputaban la dirección del descontento de la gente. Pero las cosas iban bien. Los enemigos del trabajador estaban claros y sus acciones hacían que hubiera buen terreno que sembrar. Mis antiguos camaradas también habían progresado. Jaime ya tenía su propia editorial, pequeña pero eficiente, Jorge había llegado a ser un reportero mediocre pero que se defendía y, sobre todo, nos informaba. Y Juan, bueno, había conseguido que su, este... negocio progresara. De hecho era el que había tenido más éxito de los tres y contribuía a la causa con enormes sumas de dinero. Sin embargo, yo, que estaba al mando de todo, intentaba mantenerme en el anonimato más absoluto. Mantenía un trabajo tapadera en otra empresa textil y apenas hacía vida social. Durante mis reuniones clandestinas con Blanquet, una vez al mes, seguía suministrándome un vaso de su extraña medicina.

Pasaron los años con esta rutina y todo parecía marchar bien. Nuestra actividad se había vuelto monótona y algo aburrida, sólo sobresaltada de vez en cuando por los altibajos naturales de las crisis políticas de la época. Pero había algo que no me cuadraba. Era evidente que me había vuelto adicto a la medicina de Blanquet. Quizás eso fue inevitable para salvarme la vida pero, ¿porqué no me había dicho nada?. Yo lo hubiera entendido, de hecho lo consideraría lógico. Así que un día, bueno, mejor dicho, una noche (nuestras reuniones clandestinas siempre eran nocturnas) le pregunté al respecto.

“¿Quieres saber que es esto?”, me dijo, señalándome el vaso relleno de ese líquido oscuro, “pues el mes que viene, en nuestra próxima reunión, te lo mostraré”. Y salió de la habitación dejándome con esas crípticas palabras.

Supongo que entenderéis que en la siguiente reunión yo estuviera ansioso. Cuando llegó Blanquet lo primero que me extrañó fue que no llevara la pequeña petaca en la que me traía la medicina. “¿Hoy no me la has traído?”, pregunté angustiado, “Claro que sí”, respondió él con una sonrisa maliciosa, “La llevo conmigo”. Y acto seguido se arremangó la camisa y, con una uña extraordinariamente larga y afilada, se

hizo un tajo a lo largo del brazo del que empezó a manar sangre en abundancia. Llenó el vaso con su sangre y luego se lamió la herida que se cerró como por arte de magia. Me quedé estupefacto mirando con la boca abierta e intentando asimilar lo que había visto mientras él, con una sonrisa de total satisfacción, me puso el vaso enfrente diciendo: "Toma, bebe".

En esa ocasión me negué a beber, pero la necesidad era tan grande que en la próxima reunión me abalancé sobre el vaso lleno de sangre y apuré hasta la última gota, sin importarme nada salvo saciar el ansia que sentía. Le pregunté el porqué de la adicción y me dijo: "es muy sencillo, soy un vampiro y tú eres adicto a mi sangre que es la que te salvó la vida y la que te ha mantenido joven desde el momento en que la probaste por primera vez, o ¿es que no te habías dado cuenta de que no envejecías?". Yo no podía aceptar una explicación como aquella. Le dije que todo eso era absurdo, que probablemente se había drogado con algo que pasó a su sangre y que por eso yo también era adicto. Que tampoco había pasado tanto tiempo, que simplemente me conservaba en forma, nada más.

"Muy racional, como siempre, pero cómo explicas esto", añadió mientras se alargaban sus dientes y sus ojos se enrojecían en una mirada sanguínea. La verdad, al final, se abrió paso en mi mente y se impuso a cualquier otra explicación. Acabé aceptando lo increíble porque era la única opción que quedaba.

Después de esta revelación nuestra relación se afianzó aún más. Comprendí la oportunidad que me brindaba: podíamos vivir eternamente y hacer planes a largo plazo. No teníamos porqué limitar nuestra visión a la breve existencia humana. Pero había algo que me preocupaba. "¿Qué me pasará si algo impide que me sigas dando sangre?", pregunté un día. "Mala cosa para ti, amigo", replicó, "a nadie le gusta que el tiempo le cobre de repente la renta de todos los años que no ha pagado", añadió. Comprendí que mi suerte se hallaba ligada a la suya. Si a él le pasaba algo yo moriría. Quizás por eso tenía tanta confianza en mí, aún no sabía la verdad.

Pasó el tiempo con un suave transcurrir y llegaron los años veinte. Y con ellos la dictadura de Primo de Rivera y el consecuente recrudescimiento de la policía. Pero a nosotros, que movíamos los hilos en la oscuridad de la clandestinidad más absoluta, eso poco o nada nos afectaba. De hecho esa época nos sirvió para plantar las semillas de una fuerza futura tan vigorosa que nada podría pararla.

En ese momento irrumpió en escena un abogado sindicalista cuya influencia, aunque había surgido del seno de nuestra organización, considerábamos desviada y nefasta. Se trataba de Salvador Seguí, "el noi del sucre". Blanquet estaba en contra de su forma de actuar aunque prefería no inmiscuirse en ese asunto. De todas formas dejó caer el comentario de que, o cambiaba de actitud o alguien se encargaría de él. Creí necesaria una intervención a tiempo así que decidí hacerle una visita.

Tuvimos una larga conversación en la que él me expuso sus principios e ideas. Me pareció bastante razonable y algo en mi interior simpatizaba con sus argumentos, pero la realidad era que se estaba enfrentando a la organización y la cosa no podía seguir así.

Le advertí severamente que, por su propio bien, debía cambiar de actitud y me fui. Esa misma noche fue asesinado.

La verdad es que lamenté su muerte y me interesé por los detalles. Me di cuenta de que había algunos cabos sueltos. De que alguien se había dedicado a tapar las cosas, falseando o destruyendo las pruebas. No me extrañó demasiado, dadas las circunstancias, pero había algo especialmente curioso. Los datos relacionados con la autopsia y el entierro del cuerpo habían sido manipulados. No tenía sentido porque, ¿Acaso no había quedado claro que había muerto asesinado?, ¿porqué manipular las pruebas entonces?.

Investiqué al respecto y descubrí que nadie había velado su cuerpo. Había sido enterrado rápida y discretamente. Una oscura sospecha empezó a nacer en mi mente y decidí comprobar si su cadáver estaba en su tumba. Así que, una fría noche de invierno, soborné al encargado del cementerio y lo desenterramos. Como había supuesto el féretro estaba vacío.

Esto despertó algunas preguntas. ¿Existían más vampiros?, y, si existían, ¿Se conocían entre sí?. Ante mis preguntas Blanquet respondió de forma evasiva. Aunque acabó reconociendo que quizás existieran más me advirtió que no era cosa mía. Cuando le comenté lo del “noi del sucre” se mostró algo irritado y puso en duda mis deducciones. Lo único que dijo fue: “vaya, que fastidio, bueno es igual, tu deja ese tema”. Y ya no volvimos a hablar del asunto.

En 1923, el paso del tiempo, pese a todo, sí que tuvo una consecuencia para mí. Debido a la ya evidente falta de envejecimiento hube de separarme de mis amigos y abandonar mi antigua tapadera. Les comenté que, debido al recrudescimiento de la situación, había de permanecer totalmente oculto. Sólo sabrían de mí por misivas firmadas con un símbolo secreto que solo ellos tres conocían. Blanquet me sugirió que podía darme una personalidad falsa, muy conveniente para la organización y que, además, me situaría en niveles sociales tan diferentes a los de mis amigos que la posibilidad de un encontronazo sería mínima.

Se trataba de simular ser un miembro de la clase alta catalana, lo que era perfectamente viable teniendo en cuenta los recursos económicos de los que disponía. Había de confraternizar con esa rica burguesía, que yo tanto despreciaba, para poder infiltrarme en los círculos internos de los independentistas catalanes.

Así desapareció mi antigua personalidad de químico obrero insignificante y surgió una nueva y flamante: Rafel Rovira i Rius, hijo único de los Rovira, prestigiosa familia barcelonesa de rancio abolengo entre la burguesía catalana. Afortunadamente la familia había muerto en el Titanic, hacía más de diez años, y sólo hubo que arreglar la historia de que el hijo (que también había muerto) se había salvado y criado en Londres por unos familiares lejanos.

Con la nueva personalidad vinieron nuevas maneras y amistades. Tuve que aprender las formas y estilos de la alta sociedad, el saber estar y comportarse. Compré una casa adecuada y me apunté a los clubes y organizaciones que se estilaban. Entre

ellos el "Centre Excursionista de Catalunya", del que tengo muy gratos recuerdos. Pasé a llevar la doble vida de culto y elegante miembro de la burguesía que se apuntaba a todas las fiestas y celebraciones de postín y miembro oscuro y secreto de una organización clandestina. La historia de mi vida, lo de siempre, las dos caras opuestas de la moneda.

Con la faceta pública de mi personalidad logré obtener algunos cargos políticos interesantes dentro del Ayuntamiento. Con ellos me aproximé, políticamente hablando, a la Esquerra Republicana. Mientras, en mi faceta secreta y clandestina, ejercía el mando de una sección de la organización. Uniendo una cosa con la otra, mi influencia y poder aumentaron exponencialmente. En ese momento no era consciente de que detrás de todas estas ideas y pensamientos se hallaba la mente y la voluntad de Blanquet, que se superponía a la mía dirigiéndola en sus más nimios detalles.

Ya me había acostumbrado al poder cuando, por fin, cayó la dictadura y los aires del cambio volaron por el país. Los acontecimientos se precipitaron y, al poco, pasamos de ser monarquía a república. Y con la república nuevas oportunidades para los revolucionarios. Pero habíamos de aprender a jugar con el nuevo sistema. Por de pronto, dentro de Esquerra Republicana, pasé a formar parte activa en la consecución del "Estatut CATALA" y hasta estuve presente en la firma del mismo por Alcalá Zamora.

Las cosas iban bien pero el avance inexorable del tiempo me hacía ver que ya faltaba poco para que tuviera que pasar de nuevo a la oscuridad. Mis amigos y conocidos empezaban a hacerme el tipo de comentarios peligrosos que ya conocía: "Oye, que bien te conservas, un día de estos me pasas la receta", o, "parece que fue ayer cuando te conocí aunque, la verdad, no has cambiado nada". Estaba llegando al límite de lo que se podía disimular. Ya hacía tiempo que había empezado a utilizar métodos de maquillaje a fin de parecer más viejo de lo que era y de paso diferenciarme del aspecto de mi personalidad anterior, pero claro, todo tiene un límite.

Esta vez no habría segunda personalidad. Se decidió que trabajaría totalmente en la clandestinidad aunque, eso sí, como jefe en Catalunya de la organización. Todo orquestado por Blanquet, claro está. En realidad él era el verdadero jefe, yo sólo era la cabeza visible. Sus manos y brazos.

Pero entonces sucedió lo impensable. Un buen día Blanquet no apareció en la reunión mensual. Al principio no me preocupé demasiado pero, cuando también faltó para la segunda reunión, me espanté sintiendo la necesidad urgente e inmediata de satisfacer mi ansia de su sangre. Y justo entonces estalló la guerra civil.

Yo no estaba para eso, mi mente sólo pensaba en encontrar a Blanquet y poder beber de nuevo su sangre. Así que, en medio del caos y la confusión reinante, utilicé todos los recursos de que disponía para localizarle. Durante una semana, en lo más crudo de los primeros días de la revuelta, todas las organizaciones anarquistas clandestinas de Barcelona se movilizaron con un único objetivo: encontrar a un hombre del que sólo tenían la descripción. Mientras los acontecimientos hacían historia, mientras el pueblo libraba una lucha enconada contra los militares rebeldes, las

organizaciones más letales y secretas, al teórico servicio de la destrucción del Estado, se dedicaron a otra cosa.

Al final de varios días angustiosos para mí, me comunicaron que habían encontrado a un hombre que correspondía con la descripción en una masía al norte del país, cerca de los Pirineos. Rápidamente me trasladé hasta allí para verificar la información. Efectivamente, se trataba de él pero se encontraba sumido en una especie de estado de sopor del que no se le podía despertar. Para todo el mundo menos para mí, era evidente que se trataba de un cadáver. Pero yo sabía de qué se trataba así que ordené a los demás que hicieran guardia en el exterior mientras yo me quedaba a solas con él.

Con la ansiedad del adicto, le hice un corte en el brazo con una navaja y empecé a chupar como un desesperado hasta que el apetito fue disminuyendo y la razón se impuso. Vendí su herida como pude y, ya restablecido, decidí hacer de aquel sitio, a todas luces abandonado, mi centro de operaciones. Empecé a organizar los hombres bajo mi mando en la lucha contra los militares rebeldes y, lo que era más importante, en fomentar la revolución total, empezando por la colectivización del campo y de todos los recursos sociales. ¡Queríamos la verdadera revolución ya!

De momento había conseguido sobrevivir a un seguro final pero éste solo había sido retrasado. Había comprobado que era imposible despertar a Blanquet así que tenía que encontrar otra solución. Quizás existían más vampiros y no me extrañaría que Blanquet me hubiera ocultado su existencia, así que pensé en cómo localizarles. Dediqué a los hombres más versados en los bajos fondos de la ciudad para que buscaran sitios adecuados que yo pensaba podían utilizar. Mientras tanto iba subsistiendo con mis raciones "en conserva".

Una noche oí cómo se abría la puerta de mi habitación. Yo sabía que eso era imposible ya que nadie podría haber pasado por las líneas de vigilancia alrededor de la masía. Nadie humano al menos. La persona avanzó por la habitación, con paso tranquilo, hasta llegar a la altura de mi cama y me saludó diciendo: "Cuanto tiempo hace ¿no?, ya te dije que no tenías razón". Me quedé de piedra al reconocerle, era Salvador Seguí, que supuestamente había muerto hacía más de quince años.

"¿Porqué has venido hasta aquí?" dije con voz algo trémula.

"¿No lo adivinas?", replicó, "A los de nuestra especie no nos gusta que la gente meta sus narices en nuestras cosas, y tú tendrías que saberlo, pero no he venido sólo a por eso, he venido a salvar a uno de los míos".

Y diciendo esto se inclinó sobre mí, sujetándome con fuerza, mientras sus dientes se clavaban con facilidad en mi garganta, extrayéndome la sangre a grandes sorbos. Sentí cómo mis fuerzas me abandonaban cada vez más hasta que, al final, mi cuerpo cayó al suelo sin sentido.

El Vampiro

Justo cuando la negrura, que sin duda precede a la muerte, se cernía sobre mí, noté el sabor de la sangre en mi boca. Estaba bebiendo directamente de una herida que se había practicado Seguí. Bebí con ansiedad, quizás en demasía, hasta que Seguí me apartó con un empujón que me lanzó al suelo.

“Ahora tendrás hambre, un hambre que nunca antes has conocido, un hambre que ya no te abandonará jamás”. Iba hablando mientras se acercaba a la puerta y la habría. “Pero, tranquilo, yo te enseñaré lo que has de hacer, te daré la primera comida”.

Llamó a Pepe, el vigilante de turno que se hallaba debajo de las escaleras. “Ven, tu jefe se encuentra mal”, dijo señalándome y apartándose de la puerta. El guardia subió rápidamente y, sin dejar de apuntar al desconocido, se acercó hasta mí. “¿Quién es usted? – empezó a decir, pero enseguida exclamó al verme en el suelo - ¡Jefe!, ¿qué le ha pasado?”. Se acercó más. Ya podía oler su sangre, oír el latido de su jugo en las venas, percibir su movimiento a golpes de corazón, pom pom, pom pom. “A qué esperas”, dijo Seguí, “la comida esta servida”.

Me abalancé al cuello de Pepe, el buen Pepe que había tenido la mala fortuna de estar de guardia justo en este momento. Sorbí su sangre con ansiedad y precipitación, salvajemente, para saciar un hambre infinita. Hasta que ya no quedó nada. Solté el cuerpo sin vida de lo que antaño había sido un fiel camarada y grité.

“¿Porqué?”.

“Ya te lo dije”, replicó, “Para salvar a uno de los míos. Blanquet no es precisamente un amigo, ya sabes, pero es un miembro de mi clan, como tu ahora”.

Me explicó a grandes rasgos que existían más vampiros, agrupados en clanes que ahora estaban enfrentados. Los clanes Ventrue y Toreador eran los que estaban detrás del bando nacional mientras que nosotros, los Brujah, estábamos en el bando republicano. Había otros clanes pero no tenían importancia en nuestra guerra. Solo uno, los Tremere, que se habían declarado neutrales y ofrecido sus servicios como mediadores entre ambos bandos. Algo había salido mal y Blanquet fue atacado en su refugio.

“Ahora me voy a llevar a Blanquet y tu vas a seguir con tu trabajo como hasta ahora”, se despidió y se fue rápidamente. Sólo más tarde me di cuenta que mis sentimientos hacia Blanquet, mi fidelidad, mi simpatía, etc. habían desaparecido. Era como si nunca hubieran existido, borrados por un viento frío. Por primera vez vi la realidad de sus acciones, la forma cómo me había manipulado.

Una furia fría se apoderó de mí pero ya era demasiado tarde. Ahora entendía el apresuramiento de Seguí en llevarse el cuerpo de Blanquet.

Pero la guerra continuaba y parecía que duraría más de lo que al principio se podía suponer. Me centré en la consecución de la revolución colectivista, que casi estaba al alcance de la mano, dejando las estrategias militares para otros.

Un día Seguí vino a verme de nuevo. Había una reunión en Francia, entre las diferentes facciones Brujah y representantes Tremere, a fin de plantear unos términos comunes de negociación frente a los Ventrue y Toreador. Era una buena oportunidad para presentarme formalmente al resto de Brujah y me comentó que, de hecho, estaba obligado, en cierta manera, a notificarme.

Así que fuimos a esa reunión. En ella vi a mis iguales vampiros. Unos dominaban las odiadas facciones comunistas estalinistas y otros a los no tan odiados trotskistas. También había algunos socialistas (despreciados por todos). Entre tanta "camaradería" no me extrañó que la reunión fuera un fracaso. Los comunistas diciendo que lo primero era ganar la guerra y que todos nos habíamos de someter a su mandato, nosotros abogando por la revolución anarquista ¡ya! y los socialistas contempORIZANDO. A los Tremere, meros intermediarios, les dimos un penoso espectáculo. Se fueron diciendo aquello de que "Me parece que ya sabemos que bando va ha ganar, al menos los otros están unidos...". Que se vayan al cuerno, penosos burócratas, intrigantes del tres al cuarto, ¿quien los necesita?, pensé.

Después de esto se inició un periodo de tensiones entre las diferentes facciones izquierdistas. En concreto hubo una especie de guerra de guerrillas entre los comunistas y nosotros, los anarquistas. Desde mi punto de vista era una guerra entre unos dictadores opresores, no muy diferentes de los del bando nacional, y los verdaderos luchadores por la libertad. El caso es que al final la cosa estalló de veras. En Mayo del 37 los comunistas organizaron un golpe de estado interno y masacraron a todos los anarquistas y, de paso, a los trotskistas, sus enemigos naturales.

Conseguí escapar a duras penas, llevando a mi refugio en las montañas algunos recursos que había mantenido en absoluto secreto. Pero la situación estaba clara: los odiados comunistas estalinistas se habían apoderado del control de la ciudad y lo ejercían de la forma absolutista que les caracterizaba. Mis amigos y los pocos infiltrados que aún me quedaban me aconsejaron muy fervientemente que abandonara el país cuanto antes, que la cosa estaba muy mal y no había nada que hacer.

Mientras tanto Jorge, el periodista, estaba en el frente, Jaime continuaba con su editorial y Juan, bueno, seguía con lo suyo. Estaban desvinculados de la organización ya que su único contacto era yo y nadie más sabía de su existencia. Les envié un mensaje comunicándoles que tenía que abandonar la ciudad, con la orden de no hacer nada y esperar instrucciones. La revolución para ellos había terminado.

Me trasladé a Francia, donde contacté con mis camaradas en ese país. Organicé un sistema de fugas para nuestros colegas que aún estaban en España y empecé a contactar con gente cercana a nuestras ideas de otros países. Encontré en Méjico un lugar ideal para establecer un refugio donde esconder a los elementos más problemáticos. Me dediqué a esa actividad y comuniqué a mis amigos un lugar donde enviarme los mensajes (y el dinero) encargándoles la búsqueda de personas que necesitaran un escape. Para los camaradas anarquistas la cosa quedaba en un favor debido, pero a los demás se les exigía una cierta suma de dinero (estas cosas son caras). O sea que, a medida que

fueron pasando los años de guerra, con la consecuyente desestabilización de la situación, el número de "traslados" fue aumentando y, claro está, mis recursos económicos también.

Creo que fue por aquel entonces que empecé a preocuparme con seriedad sobre la salvaguarda de esos recursos y su permanencia en un sitio seguro, durante períodos de tiempo prolongados. Al fin y al cabo, por lo que yo sabía, podía vivir durante mucho tiempo en mi nueva naturaleza de vampiro. Ingresé parte del dinero en cuentas suizas y compré objetos de arte, joyas, oro, etc. almacenándolo todo en las cajas fuertes de los bancos más seguros que conocía (americanos, suizos, etc.) con la precaución extra de ir cambiándolos una vez cada dos o tres años. Todo ello bajo otro nombre falso.

La guerra en España seguía. Jorge murió en el frente y mi madre en casa sin que yo pudiera organizar las cosas para hacer una visita ni acudir a sus funerales. Al final todo se redujo a una nota, una corona de flores y los gastos del entierro pagados. Jorge tenía un hijo de 18 años que quedaba solo así que me hice cargo de él. En realidad yo ya estaba pensando en que necesitaba a alguna persona de confianza a quien convertir en ghoul y éste era el candidato adecuado. Así que le hice a él lo que antes me habían hecho a mí.

Me presenté como amigo de su padre, diciendo que éramos camaradas en la misma causa y pude comprobar con gran satisfacción que era muy receptivo a los ideales anarquistas. Buena materia para moldear, no me costó mucho introducirlo gradualmente en el secreto del vampirismo, de la misma forma que había hecho conmigo Blanquet. Creo que eso hizo que le perdonara un poco al comprender mejor su situación.

Pasó el tiempo y llegó el final de la guerra. Al final yo mismo tuve que trasladarme a Méjico. Por fortuna tenía la ayuda de mi nuevo ghoul. Gracias a él la cosa fue como la seda. Una vez en Méjico adquirí un enorme rancho desde donde pasé a controlar mis "negocios". Nominalmente era una empresa de transportes pero con la diferencia que nuestros transportes no eran del todo legales. Pero en un país como Méjico, donde podíamos comprar a cualquier funcionario fácilmente, la cosa no tenía mayor problema. Me había convertido en el arquetipo de lo que yo tanto odiaba, un patrón, capitalista cargado de dinero.

Vi llegar la segunda guerra mundial manteniéndome como espectador de segunda fila. Aunque era un espectador interesado, al fin y al cabo una guerra no tiene desperdicio en los negocios.

Mantuve el contacto con mis amigos, recibía sus noticias y, como no, los envíos de dinero de Juan. No dejaba de sorprenderme lo que progresaba ese chico (digo chico pero en ese entonces debía tener más de 50 años). Además tenía motivo de diversión y tema de comentarios con ellos ya que se formó en Méjico el Gobierno de la República en el exilio. Formada por los ineficaces burgueses y socialistas de siempre, yo me reía a su costa leyendo sus inverosímiles declaraciones. De vez en cuando escribía cartas a un diario, bajo un nombre supuesto, en las que me burlaba de lo esperpéntico de un parlamento sin país, unos ministros sin ministerio y un presidente sin estado.

En 1947 me había convertido en una persona importante en Méjico, alguien del que se hablaba en voz baja y con temor. Don Antonio (mi nombre de ese entonces) era un jerarca terrateniente con influencias en el gobierno y la mafia locales. Pero yo estaba hastiado, aburrido, sin motivos reales para vivir. Mi vida era una prolongación de la existencia donde la rutina diaria me estaba asfixiando. También sentía haber traicionado mis convicciones anarquistas. Mi búsqueda y afán de poder para la causa había desembocado en un logro de riqueza e influencia personal sólo igualado por los más excejrables millonarios del mundo.

El rancho donde vivía estaba fortificado y aislado de la urbe. En el patio exterior, un ejército de guardaespaldas fuertemente armados patrullaba día y noche. Al patio interior sólo tenían acceso contadas personas. Así que, la noche en que oí unos golpecitos llamando a la puerta de mi despacho, tendría que haberme sorprendido. Sin embargo solo pensé: “vaya, un vampiro viene a visitarme”, y dije: “pasa, la puerta no esta cerrada”. Pero no pude evitar una cierta sorpresa cuando vi quién era mi visitante. Se trataba de Salvador Seguí, mi sire (que es como se denomina al que nos hizo vampiro). Hacía casi diez años que no lo veía y me preguntaba cuál sería el motivo de su visita.

Seguí me dijo que se me necesitaba en la Argentina. La organización se había reconstituido después de la guerra y ahora se encargaba de toda el área de habla hispánica. Pero no tenían ningún representante allí. A mí me pareció perfecto pero tenía algunas dudas. “De acuerdo pero, y quien cuidará de esto”, dije señalando a mí alrededor. “Oh, no es problema”, respondió con una sonrisa pícara, “yo me estableceré aquí, con tu nombre y tu identidad”.

Sus intenciones eran evidentes pero no me importaba. Yo ya estaba harto de tanta inactividad y, además, disponía de los depósitos de dinero que había acumulado durante todos estos años. Por otra parte tampoco tenía muchas opciones ya que él era un vampiro más antiguo y, sin duda, más poderoso que yo. Además, ya estaba harto de tanta inactividad. Lo último que hice antes de partir fue convertir a mi ghoul en vampiro. No lo iba a dejar en las manos de Seguí.

Cuando llegué a la Argentina fundé una empresa de transporte, para que me sirviera de tapadera, y decidí hacer algo nuevo. Ingresé en las clases nocturnas universitarias. Con ello pretendía entrar en contacto con el mundo estudiantil y fomentar las actividades de rebeldía civil.

Tenía la costumbre de ir en moto a todos sitios y mezclarme con la multitud. Allí me encontré con un caldo de cultivo adecuado, formado por facciones que no eran anarquistas propiamente dichas sino, más bien, sindicalistas. De hecho algunas de ellas se parecían un poco a los movimientos social sindicalistas de Europa (falange, nazis, etc.) pero con un toque típicamente sudamericano. Algo más cercano al bandolerismo civil y la violencia espontánea, difícil de controlar y organizar pero útil para causar el desorden y la inestabilidad social. Así que me integré en esos movimientos, luchando

contra la excelente máquina de propaganda del régimen peronista, encabezada por su esposa, la famosa "evita".

Nuestros esfuerzos por causar inestabilidad fueron grandemente recompensados. El nuevo movimiento integraba a un conjunto de personas con el denominador común del descontento favorecido por la censura y la precaria situación laboral del país. A pesar de ello, el régimen tenía a su favor buena parte de la masa obrera, que seguía las directrices de la férrea dictadura de Perón y sus planes quinquenales.

La variedad de nuestra organización allí era impresionante, se podían encontrar desde anarquistas hasta fascistas pasando por obreros sindicalistas y demás movimientos de protesta. Trabajamos con el fin acabar con la dictadura de Perón para, acto seguido, pasar a desestabilizar el nuevo gobierno de Lonardi y luego al que le siguió de Aramburu. Todos militares.

La verdad es que me lo pasé bien durante esos años. Pero algo me estaba sucediendo. Iba viendo desaparecer a la gente de mi época, poco a poco todos se habían ido muriendo. A pesar que sus caras envejecieran, sus conductas cambiaran, tuvieran hijos, etc. Aún así eran como una especie de ancla hacia mi perdida humanidad. Algo que me daba "vida" y motivos para seguir existiendo. Para un ser como yo, es importante mantener la amistad de la gente que te conoció siendo humano. Y yo iba viendo como el paso del tiempo me robaba, migaja a migaja, los trozos de humanidad que me quedaban.

Mi obsesión llegó a tal punto que indagué para conocer cómo iban evolucionando las familias de mis amigos. Iba coleccionando los árboles genealógicos que se formaban a medida que la gente se casaba tenían hijos, etc. ¿Así que éste es el nieto de aquel, verdad?, pensaba mientras lo colocaba en mi esquema.

No es de extrañar entonces que cuando me enteré, en 1956, que Jaime estaba fatalmente enfermo, a punto de morir, me entrara una ansiedad indescriptible. Él era uno de mis más antiguos amigos, de los primeros que tuve, que había luchado a mi lado, que se había mantenido fiel durante décadas sin haberme vuelto a ver desde hacía más de treinta años. Algo más fuerte que el ansia de sangre, de alguna manera cercano al alma que pudiera quedar en mí, afloró y tuve la necesidad imperiosa de ir a verlo. De poder decirle unas cuantas palabras, antes de la muerte, y poder darle las gracias por su amistad.

Organicé el viaje lo más rápidamente posible mientras me maldecía por los problemas que conlleva ser vampiro a la hora de trasladarse. La solución fue un container arreglado, con un cómodo interior, y completamente sellado de forma que sólo se pudiera abrir desde el interior. Lo arreglé todo para que lo enviaran por avión con destino al sótano de una casa, en Barcelona, que previamente había comprado.

La misma noche que llegué fui hasta la casa de mi amigo. Había mucha gente allí pero inmediatamente reconocí a Juan, que ya tenía 62 años, y que me miró con insistencia, como si no comprendiera lo que veía. Estaba rodeado por sus hombres. Saltaba a la vista por sus maneras y estilo de vestir que eran gente del hampa.

“Buenas noches”, dije dirigiéndome hacia él e intentando disimular mi voz, “soy el hijo de un viejo amigo suyo que me ha dado esta carta para usted”. Cogió la carta de mis manos con pulso tembloroso, no sé si por la edad o por la emoción, y leyó en voz baja. La carta decía simplemente: “Hola camarada, éste es mi hijo y te pido que le ayudes y hagas cuanto él te pida” y firmaba con el símbolo secreto. Se podía notar su emoción al mirarme mientras destruía la carta (las viejas y buenas costumbres nunca se pierden).

“Pide lo que quieras”, me dijo mirándome fijamente.

“Solo quiero ver a Jaime, a solas”, respondí intentando evitar su escrutadora mirada.

Me hicieron pasar a su habitación, cerrando la puerta después de hacer salir a la gente. Jaime estaba en la cama. Se le veía muy débil y, como suponía, apenas podía ver debido a su enfermedad. Me acerqué hasta la altura de su cara y le dije: “¿Cómo va? viejo camarada”, “¿Creías que ya no volverías a verme?”. La reacción fue instantánea, intentó incorporarse mientras mencionaba mi nombre con palabras llenas de emoción. No transcribiré lo que hablamos en esos breves momentos pero la emoción que sentí fue tal que se me soltaron las lágrimas. Lágrimas de sangre que mancharon la sabana y la almohada. Cuando al fin le dejé, su rostro esbozaba una sonrisa y reflejaba la paz de alguien que ha llegado al final del camino.

Tenía que abandonar la casa pero era consciente de mi cara cubierta de sangre. No era fácil limpiarla sin que quedaran rastros. Así que decidí salir por el balcón de la misma habitación. Salté a la calle cubierta de nieve y me alejé rápidamente en la oscuridad de la noche. No me pude despedir de Juan pero era lo mejor porque creo que sospechaba algo. Me quedé en Barcelona hasta la muerte de Jaime y acudí por la noche al cementerio para depositar unas flores en su tumba. En el lazo había hecho grabar: “Por la causa” y firmaba con nuestro símbolo.

Estaba destrozado y no puse atención a los detalles del viaje de vuelta. Se utilizó el mismo método: container por avión, pero esta vez el trayecto tenía muchas escalas. España – Colombia – Perú – Chile y, finalmente Argentina. Y entonces ocurrió el desastre. Cuando estábamos sobrevolando los Andes se desencadenó una tormenta que desestabilizó el avión haciéndolo caer. Nos estrellamos en algún lugar de las montañas y el container cayó al fondo de una profunda grieta. Afortunadamente estaba oculto de la luz solar pero también de cualquiera que fuera a rescatarnos. Desperté por la noche, en medio de la oscuridad más absoluta, notando cómo el frío me iba congelando poco a poco hasta que quedé sumido en un sueño helado.

El Retorno

Frió. El frío más espantoso que se pueda imaginar. Una tenue luz, apenas percibida a través de los párpados. El sonido suave y agradable del crepitar del fuego. Esas sensaciones empezaron a fluir en mi embotado cerebro, mientras mi conciencia se preguntaba dónde estaba o quién era. Abrí los ojos y vi las estrellas de un cielo totalmente despejado. La luz oscilaba en algún lugar hacia mi derecha.

Mi cuerpo iba poco a poco perdiendo su rigidez y conseguí girar lentamente la cabeza, con gran dificultad. En esa posición vi que la luz provenía de una pequeña fogata de campamento. Había dos tiendas montadas, con la puerta hacia el fuego. Yo me encontraba en un rincón, junto a un montón de paquetes y otros bultos, almacenado como un elemento más. El escaso calor del fuego había conseguido reanimarme aunque a esa distancia el efecto debía ser mínimo.

Me esforcé para acercarme al fuego y, poco a poco, conseguí arrastrarme hasta llegar a su vera. Mi recuperación fue lenta pero progresiva y, a medida que mi cuerpo iba respondiendo, empecé a sentir un hambre no humana que se apoderaba de mi raciocinio.

Cuando me hube recuperado lo suficiente para incorporarme avancé en silencio hacia una de las tiendas. Dentro se hallaba durmiendo un hombre. Podía sentir su juventud corriendo por sus venas, con impulsos decididos, con aquel aroma vital que había aprendido a captar. Avancé sigilosamente hasta la altura de su cuello y clavé mis dientes en él con suma delicadeza, como si de un acto de amor se tratara. Y sorbí lentamente, intentando no despertar al durmiente pero, al poco, el ansia se apoderó de mí y, sin poder parar en mi absoluta necesidad, deglutí con frenesí hasta que, al final, su corazón dejó de latir y su cuerpo se aflojó muerto, vacío, desangrado del todo.

Una vez alimentado recuperé las fuerzas y la razón. Sabía quién era y suponía donde estaba: en medio de los Andes. En un sitio totalmente aislado del que me sería extremadamente difícil salir sin ayuda. Mi situación era desesperada. Faltaban pocas horas para que saliera el sol y dudaba que fuera capaz de encontrar un refugio adecuado a tiempo.

Lamí las heridas de mi víctima para ocultar la causa de su muerte y salí de la tienda con el propósito de estudiar los alrededores en busca de un escondite. El campamento estaba formado por las dos tiendas, la fogata, algunos útiles de cocina y los paquetes apilados a un lado pero vi que había un camión aparcado cerca. Me dirigí hacia él y vi que, en la parte de la carga, había varias cajas grandes de madera. Escogí la mayor, de unos dos metros por uno, y la abrí. Dentro había varios aparatos. Algunos los reconocí como barómetros, termómetros, etc. y otros supuse que serían para medir otras propiedades de la atmósfera.

Pero a mi sólo me importaba la caja, que me podría servir como refugio durante el día, así que saqué los aparatos y los escondí bajo la nieve. Antes de entrar en mi improvisado refugio, añadí un poco de mi sangre en el termo con café que estaba entre

los utensilios de cocina. Sabía que, cuando la otra persona del campamento bebiera de ella, se crearía un vínculo conmigo. Muy débil al principio pero esperaba fortalecerlo con más dosis.

Cuando desperté a la noche siguiente pude oír el trajín de alguien afuera. Salí con cuidado de la caja apartando la paja que me camuflaba. Comprobé que estaba dentro del camión donde, en un rincón, se habían acumulado los paquetes que antes estaban afuera. Uno de esos paquetes tenía la sospechosa forma de un cuerpo humano.

Al asomarme por la carlinga pude ver que esta vez sólo había una tienda montada. Un hombre, de raza india o mestizo, estaba inclinado para hacer la comida al lado del fuego. Esperé hasta que se fue a dormir antes de salir para reconocer la zona. Como suponía la montaña era totalmente agreste, imposible encontrar un refugio adecuado para mí en los alrededores. Así que volví a esconderme no sin antes poner otra dosis de sangre en el termo.

Pasaron varios días hasta que llegamos a las cercanías de un poblado. En un principio pensé en escabullirme pero cambié de decisión al considerar con calma mi situación. Estaba aislado y, aunque pudiera convencer a alguien del pueblo para que me llevara a algún sitio, no podría confiar en él lo suficiente. Así que decidí abordar al conductor del camión, la única persona en la que podría confiar ya que ya debía estar vinculado a mí. Sabía que probablemente me reconocería como el cadáver que encontraron en las montañas pero confiaba en poderle convencer utilizando mi carisma especial y la fuerza del vínculo que había creado.

De todas formas no esperaba la reacción que tuvo. Se postró a mis pies, totalmente aterrorizado, mientras balbuceaba palabras sin sentido, medio en español y medio en indio, como suplicando. Algo en sus palabras me indujo a pensar que existía alguna oscura leyenda tribal sobre seres como yo. Decidí comportarme como lo que suponía esperaba que fuera y hablé en voz alta utilizando esa entonación tan sugerente que había aprendido como vampiro: "He regresado de un largo viaje", dije, "y tú has de ayudarme".

No tuve más problemas. Gracias a mi nuevo ghoul, conseguí regresar a la civilización. ¡Para darme cuenta de que había estado congelado durante casi 40 años!. Nunca pensé que hubieran pasado más de unos días o meses. Encontrarme con una sociedad totalmente distinta a la que abandoné, con otros ideales y motivaciones, con otros estilos y formas, con una tecnología radicalmente nueva, fue un shock para mí. Pero había una cosa que me urgía. Necesitaba realizar una comprobación con urgencia y eso sólo lo podía hacer volviendo a España.

Conseguí documentación falsa, arreglé el estado de mis cuentas durmientes y organicé el consabido viaje en container. Como siempre, comprobé hasta los últimos detalles de la operación. La compra previa de una casa adecuada para mí, etc.

Una vez en España, al despertar en mi nuevo hogar, me dirigí rápidamente hacia mi objetivo. Comprobé mediante la guía de teléfonos que la casa seguía siendo la misma.

Se trataba de la típica mansión con jardín en Pedralbes. Una vez allí, frente a la puerta, sentí el nerviosismo de un mal presentimiento, casi seguro de no haber llegado a tiempo.

“Está el señor Juan”, dije a la sirvienta que me abrió la puerta.

“¿A quien debo anunciar?”, me preguntó mirándome con aire de superioridad mientras me escrutaba en una valoración más bien negativa de mi prsona. Yo iba vestido con chaqueta de cuero, botas militares y guantes negros. Y además tenía deje argentino.

“Soy un amigo suyo, que acabo de regresar de la Argentina”, contesté con la mejor de mis sonrisas.

“Espere un momento, por favor”, dijo retirándose sin sacar la cadena de la puerta. Al cabo de un rato apareció un chico de unos 18 años, con un aspecto que me recordaba terriblemente a Juan. Se quedó en el umbral con una expresión de desconcierto. “Perdona pero yo me refería a una persona muy mayor”, dije. Se quedó pensando un rato y dijo: “Supongo que se refiere al abuelo pero murió hace más de diez años”. El golpe, aunque totalmente esperado no fue por ello menos doloroso. Me dejó aturdido durante un momento y apenas pude articular una pregunta en un murmullo “¿Sabe dónde lo enterraron?”.

Puse mi moto a toda velocidad por la ciudad. Ya sólo me quedaba un objetivo, una última misión, después de esto todo carecería de sentido. Mi corazón se había desgarrado al darme cuenta que le había fallado a mi amigo. No había acudido para acompañarle en su último momento y ya nada me importaba. Llegué hasta el cementerio de Montjuïc, a altas horas de la noche, y escalé el muro para saltar al otro lado. Parecía que fue ayer cuando yo y mis tres amigos organizamos aquella penosa fuga cerca de aquí.

Fui directamente hasta el edificio donde estaba el guardia nocturno y, encañonándole con una pistola, grité: “Quiero encontrar una tumba, ¡ahora!”. Supongo que algo en mi expresión hizo que no se entretuviera con preguntas o protestas. Me ayudó a localizar la tumba. Se encontraba en la zona de mausoleos. Por lo visto, a pesar de su profundo ateísmo, había decidido hacerse una de esas tumbas con lápida de mármol y estatua de ángel o similar. “Que extraña ironía”, pensé. Llegamos hasta la tumba y me sorprendió un poco su total simplicidad. Nada de estatuas, ni adornos, sólo una lápida enorme con una inscripción en el centro:

“Por la causa”

Firmado por nuestro símbolo. Caí de rodillas allí mismo, incapaz de sostenerme, y lloré, lloré como un poseso lágrimas de sangre mientras el guardia se alejaba poco a poco. Pero no me importaba. No me importaba nada, solo sentía una profunda e inmensa angustia por la pérdida de una parte de mí mismo, por los recuerdos añorados de un amigo que ya no volvería a ver más, de un mundo al que no podría volver jamás.

No sé cuanto tiempo estuve allí. Volví en mí al oír la sirena de la policía. Salí corriendo y apenas tuve tiempo de escalar el muro antes de que llegaran. Cuando regresaba a mi refugio, poniendo mi moto a una velocidad demencial, pensé: “¿Y ahora qué?”.

En este momento estoy sentado en un despacho, a oscuras, escribiendo estas líneas. Es una casa antigua, que perteneció en mi época a una familia adinerada. Que ironía. Mis ideales se han desvanecido, al igual que mis amigos. Y yo estoy condenado a vivir eternamente, en un mundo cada vez más extraño para mí. ¿No sería mejor la muerte que esta vida oscura?. ¿Qué sentido tiene seguir vivo cuando todo lo que es uno mismo ha muerto?. Son preguntas sin respuesta, que sé me perseguirán por toda la eternidad.